

Al único que aspiro con mi lección es a que sea, por lo menos, una fiel interpretación de la doctrina de la Falange, adaptada a la vida diaria y reflejada en lo que hemos dado en llamar la convivencia social, según frase de Carmen Werner.

Porque si importante es que un falangista se muestre siempre como tal en las ocasiones brillantes que le depara la vida, también tiene su importancia el que los falangistas vayan adquiriendo una cierta prestancia exterior que los distinga con ventaja de todas aquellas personas que no tienen nuestro "modo de ser", que se manifiestan en la cotidiana convivencia social como quienes saben y creen verdaderamente que todos los hombres, que todos nuestros semejantes, son "seres portadores de valores eternos" y, por tanto, dignos permanentemente de respeto, y vayan así creándose un magisterio de costumbres que sirva de norma, hoy, a los demás españoles; mañana—como en los días de nuestro magistral Imperio—, a todos los pueblos del mundo.

Porque todavía hay muchas personas que, aun estando en posesión de este "modo de ser" que es la Falange, sus manifestaciones externas no responden, como si dijéramos, a la elegancia de sus sentimientos interiores, y es porque les falta una capa exterior que adorne y decore la belleza de su ser falangista.

Y eso es precisamente de lo que vamos a tratar esta tarde, ya que por vuestra condición de maestros estáis llamados a influir de una manera decisiva en la buena o la mala educación de los ciudadanos y podéis conseguir que a la vuelta de una generación, por lo menos los falangistas, tengan una cierta presentación acorde con la elegancia natural de sus sentimientos.

Cosa, por otro lado, relativamente fácil de conseguir, ya que está al alcance de todo el mundo, y sobre todo de los niños, el dejarse influir por las normas de buena educación que se les vaya dando.

Claro que mal podremos enseñar lo que nosotros, quizá por descuido, no practicamos de una manera continuada; por tanto, nuestro primer cuidado debe ser el imponernos a nosotros mismos estas normas de convivencia social que puedan servir de ejemplo a las generaciones venideras.

La buena educación consiste, en principio, en no molestar a los demás sin un motivo fundamentado. Porque, naturalmente, ¿quién ha dicho—decía JOSE ANTONIO— que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables?; pero, fuera de este caso, la educación, como os digo, consiste, en principio, en no molestar a los demás.

Esto, que parece tan fácil, requiere una serie de pequeños detalles y de vencimientos continuos que necesitan nuestra permanente vigilancia, hasta que ya la fuerza de la costumbre llega a crear en nosotros un hábito que, sin esfuerzo, nos hace aparecer continuamente como personas bien educadas.

Pero esta superioridad en la educación tiene que notarse, no solamente en las ocasiones decisivas de la vida; hasta en los más pequeños detalles de nuestra existencia

(Continúa en la página de enfrente.)

¡Buena Educación!

El mundo ha hablado y habla de la cortesía española. Es un imperio más ganado con una magnífica personalidad de ademán y de expresión. Los españoles de los grandes tiempos eran admirados por el mundo por su apostura, por su hidalguía, por su severa elegancia. A su lado, en ceremonias diplomáticas, resaltaba la clase inferior de las gentes de otros países. ¿Debemos perder esta fama, este imperio de la buena educación?... Precisamente detrás de la chabacanería han venido otras cosas que los buenos modales hubieran hecho más imposibles.

Volvamos otra vez a la educación cortés de nuestra raza, a su distinción, a su enérgica elegancia, nada engominada ni afeminada, severa, sobria, caballeresca, amparadora de lo débil, maravillosamente orgullosa, templada con un exquisito gusto.

Por eso nuestra Delegada Nacional pide «¡ Buena educación!»

Hernán

Cortés

¿Debe algo la Patria a Hernán Cortés...? ¿Hizo «cosas» de pasmosa audacia, de inmenso valor, de infinita trascendencia...? Pues... Hernán Cortés era, según sus contemporáneos: «un hombre cuya palabra tenía dejo de caricia y la mirada el encanto de una dulce suavidad». «Su vestido y su persona se conservaban pulcros, aun a través de las largas caminatas emprendidas sobre un terreno frecuentemente hostil; pero aun conservaba más pulcra, si cabe, su palabra. Jamás dijo una frase incorrecta. Sufría las contradicciones con una reconcentrada intensidad.



Ambrosio Espínola

Ambrosio Espínola tiene, al servicio del rey de España, todo el tono de los hidalgos españoles. Vencer y vencer es su primera consigna. Después... ser discreto, prudente, amable con el vencido. Vedle en el cuadro de Velázquez. Su postura para el derrotado es amigable y cordial. Gesto paternal, tenue sonrisa en que hay cierto rasgo compasivo y comprensivo, retardando el momento de tomar la llave que el vencido le ofrece, porque prefiere antes consolarle apoyando la mano en su hombro.

Los demás guerreros, soldados de los Tercios de Flandes, callan con auténtico respeto: aceptan severa y serenamente

el juicio de Dios, que ha querido darle la victoria. Ni odio, ni rencor, ni fanatismo. Una cortés naturalidad ante el acontecimiento trascendental de la «Redención de Breda».

